

“Estamos en tiempos de cambio”. Esta frase se encuentra por doquier desde hace muchísimos años. Ha sido invocada por políticos, analistas, economistas, historiadores y todo tipo de orador o escritor que quiere atraer seguidores, obtener votos o vender consumibles, o incluso ideas. Sin embargo, no pretendemos referirnos a cambios sutiles del entorno político o económico de un país, una región o incluso una ciudad. En este libro nos referimos a los grandes cambios del orden mundial que determinan la forma como se vive, se trabaja y se logra el éxito.

La revolución industrial, que se inició en la segunda mitad del siglo XVIII, representó un gigantesco cambio en la forma de trabajar en Europa y después en el mundo. La economía basada en el trabajo manual fue reemplazada por los sistemas de producción en serie. Se aumentó la cantidad de productos que se fabricaban y se disminuyó el tiempo de producción. Al dividir tareas complejas en varias fases simples que pueden ser realizadas por cualquier obrero, sin necesidad de que se trate de mano de obra calificada, se disminuyeron los costos de producción y se aumentó la productividad. Este esquema transformó el orden económico mundial. Por cerca de trescientos años este sistema ha determinado la forma como funciona el trabajo. Lo que los dueños de las empresas han buscado son personas obedientes, baratas: piezas reemplazables de su maquinaria productiva. El sistema ha venido promoviendo la existencia de burócratas, de individuos

especializados en tomar nota, de lectores de manuales, de empleados con "la camiseta puesta", de trabajadores que llegan a tiempo, hacen lo que se les dice y dan gracias a dios cuando llega el viernes. Las empresas crean así productividad y la productividad produce ingresos. El efecto colateral ha sido el estancamiento de muchos individuos en un esquema muy rentable para los poderosos, muy cómodo para los mediocres y muy triste para usted, un ser humano del siglo XXI con talento y sueños que trascienden la idea de ser un elemental diente de una polea, de una gran máquina, de una gran empresa, que pertenece a otro. Durante nuestras vidas se nos ha empujado a producir, conformarnos y consumir. No hay opción: o somos dueños de las empresas o somos simples trabajadores de la línea de producción.

La buena noticia es que la revolución industrial no ha sido la última de las revoluciones. Estamos inmersos en la revolución de las comunicaciones, que representa una enorme oportunidad para el desarrollo sin límites de los talentos personales. No tenemos por qué seguir siendo piezas fácilmente reemplazables de una máquina cuyo dueño es un tercero. Ahora nosotros podemos ser todo en uno: la polea, la máquina y la empresa. Es nuestro tiempo, es su momento. No se requieren grandes capitales ni inversiones descomunales, solo es necesario un ser humano que quiera explotar sus talentos.

Aunque la revolución industrial tardó cerca de doscientos años en perfeccionarse y consolidarse, la revolución de las comunicaciones es otra historia. El progreso de la comunicación empezó a desarrollarse desde el siglo XIX con la invención de la máquina de escribir y del teléfono de Bell, pero nosotros nos estamos refiriendo a la gran explosión que ha significado internet y sus productos relacionados. Hasta hace muy poco, "comunicarse" significaba estar frente a frente o a través del teléfono; sin embargo, las nuevas generaciones han puesto de cabeza el concepto. Ahora todo se trata de enviar mensajes de texto (*texting*), enviar mensajes instantáneos (*IMing*), comunicarse por Facebook

(*facebooking*) o por Skype (*skyping*). Mientras que el teléfono se tomó veinte años en llegar a cincuenta millones de usuarios, la web tardó cuatro años; el Ipod, tres; MySpace, dos; y YouTube, uno. Los jóvenes están dirigiendo esta tendencia de los consumidores. Los individuos de este grupo ven más de cien videos de YouTube por mes, bajan aplicaciones, convierten a Facebook y MySpace en verbos, hacen *texting* todo el tiempo, etcétera. Ellos no ven la tecnología como una herramienta. Para ellos es simplemente la vida.

Por estos motivos es que entendemos que el orden mundial ha cambiado. Ya no privilegia al trabajador obediente y sumiso. Hoy en día el mundo premia el talento, la capacidad de crear valor, de generar ideas, de comunicarse y de brillar. Hoy en día todos podemos ser los dueños de los medios de producción: basta con un computador portátil y una conexión a internet. Unos pocos dólares le compran a usted toda una fábrica, pues ya no se necesita la autorización de nadie para ser exitoso.

El modelo americano consistía en mantener la cabeza baja, seguir instrucciones, llegar a tiempo al trabajo, trabajar duro y aguantar. Por esto se le pagaba. De acuerdo con la teoría de Seth Godin, un empresario estadounidense, muy bien expresada en su libro *Linchpin*, este modelo ya no está vigente. Hoy en día se trata de ser sobresaliente, ser generoso, crear arte y conectar a la gente con las ideas. Si uno hace eso, la sociedad no tiene otra opción que recompensarlo.

Por eso lo estamos invitando a convertirse en un INGRESARIO, es decir un individuo que puede generar ingresos explotando su talento, mediante una disciplina y una convicción indeclinable de la inevitabilidad del éxito cuando entiende, asimila y aprovecha los nuevos estándares del mundo, que hoy en día no solo necesita empleados y empresarios. Con la llegada de internet y con la democratización de las oportunidades, hay una nueva categoría de individuos que no tienen que ser empleados pero que tampoco tienen que ser empresarios. Son los INGRESARIOS,